

Philip Agee: Desnudar a la CIA



"Los Servicios de Seguridad británicos y la CIA trabajan codo con codo".

Un escritor y un periodista son amenazados de expulsión por haber, supuestamente, atentado contra la seguridad del Estado. ¿De qué Estado? Hosenball reveló, hace cosa de año y medio, los nombres de los funcionarios de la Embajada norteamericana en Londres, que eran, en realidad, agentes de la CIA. Agee, aparte de su libro, se ha dedicado, junto con cientos de compatriotas suyos en los Estados Unidos y en el resto del mundo, a desenmascarar las actividades de sus ex colegas en todas las latitudes. Actualmente está preparando otro libro sobre la actuación de la CIA en Europa después de la segunda guerra mundial; pero a la CIA, que se sepa, no se le ha asignado todavía la tarea de defender directamente la seguridad del Estado en el Reino Unido. ¿A qué viene, pues, esta amenaza de expulsión?

En la "notice of intent", es decir, la notificación del Ministerio del Interior de llevar a cabo la deportación, se mencionan vagamente ciertos "contactos con agentes extranjeros". Pero no se acusa a Agee ni a Hosenball de ningún cargo específico. Cuando ambos comparezcan ante el triunvirato (Hosenball el 4 de enero y Agee el 11) no se les explicará por qué se ha tomado la decisión de deportarlos, ni en qué se fundamenta la acusación para tomar una medida tan drástica; no se presentarán pruebas de ninguna clase ante ellos, ni tampoco tendrán los comparecientes la posibilidad de interrogar a testigos de la acusación (en este caso, los funcionarios de los servicios de inteligencia británicos que han preparado el informe en que se basa la decisión del ministro del Interior).

Esta faceta kafkiana del asunto es la que ha sublevado a un gran sector de la opinión pública. En la Cámara de los Comunes, varios diputados del ala izquierda del partido laborista han tratado en vano de convencer a Melvin Rees de que el caso se lleve ante los Tribunales de Justicia con las garantías nor-

males que la ley ofrece a cualquier acusado. Por su parte, el comité de defensa Agee-Hosenball, compuesto por periodistas, escritores, grupos e individuos dedicados a la defensa de las libertades civiles, ha organizado reuniones públicas de protesta, conferencias de prensa y recogido miles de firmas.

El Gobierno, desde luego, no está actuando ilegalmente. Los términos de la Ley de Inmigración de 1971 otorgan poderes al ministro del Interior para deportar a cualquier extranjero, siempre y cuando la orden de deportación se efectúe en beneficio del bien común y en aras de la seguridad nacional.

Así las cosas, lo único que pueden hacer en estos momentos Agee y Hosenball es tratar de recordar todas las actividades que hayan realizado en Inglaterra y que puedan ser consideradas sospechosas por las autoridades, con el fin de explicar su verdadera naturaleza cuando llegue el momento de comparecer ante el Tribunal nombrado a dedo; un Tribunal que, por cierto, no tiene poder de decisión. Su única función, una vez oído el caso, es asesorar al ministro.

Si Melvin Rees confirma la expulsión, ¿qué recurso les queda a los acusados? Philip Agee, a quien por fin logré localizar en el piso de un amigo, explica: "Lo único contra lo que se puede apelar en una orden de deportación es el país de destino (en mi caso, los EE. UU.). Pero no existe recurso contra la deportación en sí. Es algo que queda a la absoluta discreción del ministro del Interior". ¿Qué le sucedería a Agee si fuera deportado a los EE. UU.? "Probablemente se me haría un juicio, basándose en las mismas secciones de la ley que se aplicaron en el caso Ellsberg cuando se ventiló el asunto de los documentos del Pentágono. Lo menos que puedo esperar es una acción civil por haber hablado de la CIA sin haber obtenido previamente su consentimiento, y quedaría, desde luego, totalmente amordazado para criticar a la CIA en el futuro. Quiero volver a los EE. UU., pero

no antes de haber terminado los libros que estoy preparando".

No es seguro, ni mucho menos, que se confirme la orden de deportación, y Agee, como es lógico, no tiene ahora tiempo para pensar en ello. Sus esfuerzos, en estos momentos, van todos dirigidos a analizar su pasado y tratar de averiguar las causas por las cuales se encuentra en esta absurda situación. Volviendo atrás unos años, comenta: "Empecé a notar que mi Gobierno estaba ejerciendo presión sobre el británico, antes incluso de venir a Inglaterra. Cuando estaba trabajando en París, dos jóvenes norteamericanos se hicieron amigos míos y me prestaron dinero en 1972, una época muy difícil para mí y en la que yo lo estaba pasando muy mal. Más tarde se descubrió que ambos estaban trabajando para la CIA. Por lo tanto, la CIA conocía perfectamente mis planes para venir a vivir a Londres y terminar aquí mis investigaciones en el Museo Británico, que posee una de las mejores hemerotecas del mundo. Una vez en Londres, los servicios de inteligencia británicos se dedicaron ostensiblemente a seguirme por la calle y en el Metro en mis idas y venidas a la hemeroteca. Lo hicieron, probablemente, para intimidarme".

¿Intervinieron las autoridades de alguna manera durante el proceso de impresión de "CIA Diaries"? "Por lo visto, no. Siempre temí que a última hora se obstaculizara su publicación con amenazas de alguna acción judicial por injuria o difamación. Pero no pasó nada". Nada puede reprochársele ahora, pues, por lo menos en lo que a la seguridad del Estado se refiere, por haber publicado el libro. La notificación del Ministerio del Interior alude a "contactos con agentes extranjeros". Sacó el tema a relucir:

"Sólo he visto a un cubano (cosa que no tiene nada de extraño, puesto que pasó seis meses en Cuba después de salirme de la CIA), al agregado cultural. Estuve con él tres veces desde que el libro se publicó en enero

PHILIP Agee, ex agente norteamericano de la CIA y autor de "CIA Diaries", el libro en que se denuncian las actividades de la agencia norteamericana de Inteligencia en varios países latinoamericanos, y su compatriota, el periodista Mark Hosenball, reportero hasta hace poco del vespertino londinense "Evening Standard", siguen esperando a que el ministro británico del Interior, señor Melvin Rees, decida si hay lugar o no a expulsarlos del país.

La prensa mundial se ha venido ocupando del caso durante estas últimas semanas. Agee y Hosenball llevan viviendo varios años en Inglaterra. Melvin Rees ha accedido a concederles un mes más, después de expirar el plazo original de catorce días, para que ambos preparen su defensa ante un triunvirato de "hombres buenos" nombrado por él mismo. Se trata de una situación sin precedentes en Gran Bretaña:

de 1975. No cabe, por consiguiente, el que se hable de contactos regulares o con posible contenido de inteligencia. Fui abiertamente a la Embajada para ver qué pasaba con la edición de mi libro que, me habían dicho se iba a publicar en Cuba. Los otros contactos que quizá hayan despertado sospechas son con los soviéticos o, para ser más exacto, con un soviético, el corresponsal de la agencia Novosty en Londres, que ni siquiera trabaja en la Embajada. Me entrevistó en mayo de 1975 y accedió a hacer gestiones para que mi libro se publicara en la Unión Soviética. Me vi con él cuatro o cinco veces más, pero no hemos vuelto a vernos desde principios de este año. Al agregado cultural cubano tampoco lo he visto desde el mes de julio. Todas estas reuniones nada tienen que ver con la seguridad británica. Con lo que tienen que ver es con actividades periodísticas y editoriales totalmente legítimas".

Siempre se ha dicho aquí, en medios oficiales —agrego yo—, que los cubanos y otras Embajadas socialistas del Tercer Mundo actúan de intermediarios recogiendo información destinada

a los soviéticos. Agee replica: "Aunque así fuera y aunque hubieran tratado de hacerlo, cosa que nunca se planteó, no veo qué es lo que podrían haber sacado de mí, porque no sé nada ni tengo nada que ver con los secretos de la seguridad británica". ¿Qué relación puede tener con el caso el libro que Agee está escribiendo actualmente? "Estoy preparando varios libros, todos ellos referentes a la CIA y a las operaciones de su personal. Creo, en efecto, que estos proyectos son responsables, en parte, de que las autoridades británicas estén tratando de hacerme la vida imposible".

Si sus libros no contienen nada que pueda perjudicar a la seguridad del Reino Unido, la única explicación posible es que alguien esté ejerciendo presión sobre el Gobierno británico para que no se publiquen aquí y, de paso, obtener la deportación del autor a los EE. UU. con el fin de callarle definitivamente la boca. Agee coge un periódico: "Bueno, todo depende de cómo se defina la seguridad británica. Si aceptamos la definición del "Daily Telegraph" (me enseña un artículo de ese diario ultra conservador) de que cualquier activi-

dad que afecte a la seguridad de un aliado afecta a la seguridad del Reino Unido, entonces, desde luego, no tengo más remedio que admitir que algunas de las cosas que estoy haciendo podrían tener ciertas repercusiones para la seguridad británica. Pero, al mismo tiempo, eso significaría admitir que la Gran Bretaña no está en condiciones de protegerse a sí misma, que sus servicios de seguridad no están a la altura de lo que se espera de ellos, y no creo que el Gobierno británico esté dispuesto a admitir este tipo de argumentos".

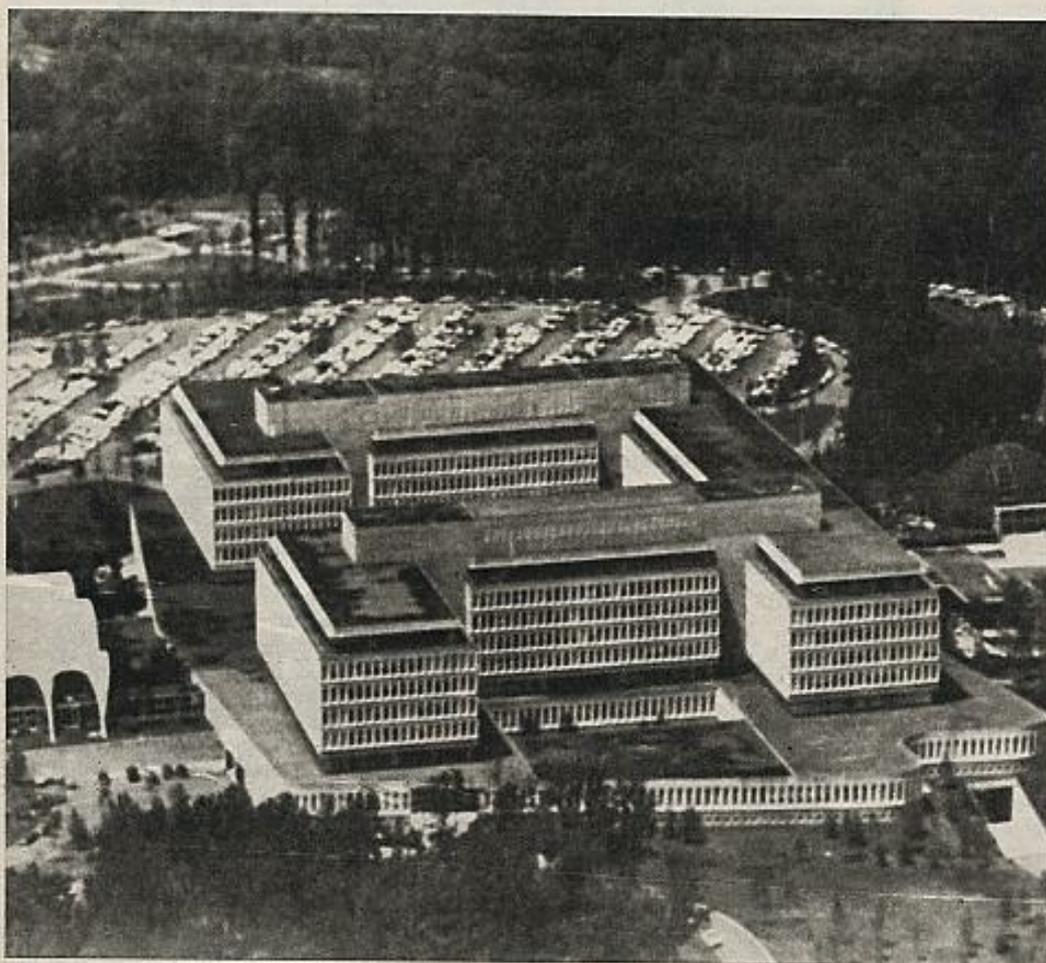
Y, sin duda, tampoco estaría dispuesto a admitir que la acción tomada en contra de Agee y Hosenball pudiera tener algo que ver con las negociaciones en curso con el Fondo Monetario Internacional para la obtención de un préstamo de 2.500 millones de libras..., aunque esta es una pregunta que todos nos hicimos cuando la noticia de la expulsión estalló en la prensa. Le paso la pregunta a Agee: "No sería imposible —explica—. Podría, en efecto, figurar como condición política secreta. Este tipo de condiciones se formulan a menudo, a cambio de apoyo norteamericano, en operaciones de re-

flote o salvamento financiero a cargo del FMI.

"Desde luego, podría tener relación con el préstamo del FMI al Reino Unido. Podría también tener relación con el reciente viaje que hice a Jamaica, en donde hablé acerca de la CIA y revelé los nombres de varios agentes que estaban operando en la isla, o con el nuevo jefe de la CIA en Londres, cuya prioridad número uno bien podría ser el obtener mi expulsión del país, apretando un poco las clavijas a los servicios de inteligencia británicos para que éstos presenten mi caso en un informe al ministro del Interior. Los británicos dependen en gran medida de la información que les suministran los norteamericanos en cuestiones de inteligencia estratégica. A la CIA no le cuesta nada cortar esa fuente de información o reducirla un poquito para dar a entender que la cosa va en serio. Y, claro, no hay que olvidarse tampoco de que el ministro del Interior acaba de estrenar su puesto, recién llegado de Irlanda del Norte, donde ha estado a cargo durante dos años de una guerra civil y en donde su labor ha dependido en gran medida de los informes que le presentaban sus servicios de inteligencia. Son los servicios de seguridad los que están detrás de todo esto. Lo único que ha hecho el ministro del Interior es recibir el informe y tomar una decisión ateniéndose a su contenido. Los servicios de seguridad británicos trabajan a diario con la CIA. Las autoridades pueden alegar ahora todo lo que quieran en el sentido de que no ha existido la más mínima presión por parte de los EE. UU. La presión siempre ha existido".

Los papeles, sin embargo, parecen haberse invertido. Al día siguiente de realizar esta entrevista, en una conferencia de prensa organizada por el comité de defensa Agee-Hosenball, John Marks, coautor de "El Culto de la Inteligencia" (el primer libro que expuso con detalles las actividades de la CIA), y hasta 1970 asistente del jefe de la oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado, hizo la siguiente declaración: "Desde los comienzos de la CIA en 1947 hasta el golpe de Guatemala en 1954, la CIA nunca se atrevió a dar un paso sin antes consultar a sus colegas británicos. Aprendimos nuestros "dirty tricks" (literalmente, "trucos sucios") de los británicos, que los dominaban a las mil maravillas".

Como decían dos personajes de aquella película neorrealista italiana: "To ti dò una cosa a te, e tu mi dai una cosa a me". ■
EDUARDO DE BENITO.



Cuartel general de la CIA en Norteamérica: tentáculos "urbi et orbi".